

Luis E. Togoeres



FRANCO
FRETE A
HITLER

LA HISTORIA NO CONTADA DE
ESPAÑA DURANTE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

Las cartas
secretas e
inéditas con
HITLER y
MUSSOLINI



LUIS E. TOGORESS

FRANCO FRENTE
A HITLER

La historia no contada
de España durante
la Segunda Guerra Mundial

La actitud de España durante la Segunda Guerra Mundial solo podrá ser comprendida si se tiene en cuenta que para el gobierno y para muchos españoles que no eran en modo alguno nacionalistas extremos ni partidarios del Eje, Rusia, y no Alemania, era el auténtico enemigo del mundo civilizado.

ARNOLD J. TOYNBEE

*Para mi nieta Daniela,
que con solo un año se ha esforzado para que
no pudiese terminar este libro.*

*Mi agradecimiento y amistad a
Francisco y Luis Felipe por su ayuda para
el nacimiento de este libro.*

1. LA PÉRFIDA ALBIÓN

A mediados de abril de 1945 los carros soviéticos entraban en Berlín tras medio mes de combates. La última gran batalla en Europa concluía con los soldados soviéticos enarbolando la bandera roja, con la hoz y el martillo, desde los tejados del Reichstag. El 2 de mayo de 1945 el general Helmut Weidling se rendía al comandante del Octavo Ejército de la Guardia, el soviético teniente general Vasily Chuikov. El sueño de un Reich que durase mil años se había esfumado en poco más de una década, dejando el continente europeo en ruinas. Los vencedores se lanzaron al saqueo y a la violación de las mujeres alemanas, cometiendo más de cien mil ataques sexuales de ese tipo durante varias semanas. La guerra había terminado.

El 16 de abril los soviéticos se lanzaron a la carrera sobre la capital alemana. Dos millones de soldados, 6.000 carros de combate y más de 16.000 cañones se pusieron al servicio de un nuevo Atila, el mariscal Zhúkov, para entrar en una ciudad a la que un hombre había soñado con equiparar con Roma. Pero a mediados del siglo xx, al igual que en el pasado, ya no había legiones que defendiesen la capital de Occidente y en 1945 no existía un papa como León I «el Magno» que convenciese a Stalin de que impidiese que sus tropas entrasen a sangre y fuego en la ciudad.

El 21 de abril el Einheit Ezquerro, acantonado en Potsdam, recibió la orden de dirigirse a las ruinas de Berlín. La 15.ª División SS (Letona n.º 1) estaba siendo reorganizada y junto a ellos fueron desplegados los españoles del Einheit Ezquerro en el distrito centro de la capital del Reich, en una zona de edificios oficiales, donde los combates comenzaron el 27 de abril.

En menos de un día la diminuta unidad de españoles había sido casi aniquilada. Del escaso centenar de hombres que formaban el Einheit Ezquerro casi ninguno sobrevivió a los combates que se prolongaron hasta el día 2 de mayo.

Es incuestionable que muchos españoles, especialmente los falangistas, estaban política y sentimentalmente con Alemania. Pero no es menos cierto que el gobierno de Madrid les prohibió combatir con el Eje tras la salida de los divisionarios de Rusia. En enero de 1944 un grupo de veteranos de la División Azul se dirigió al ministro Jordana para que les autorizase volver a Alemania para luchar contra el comunismo. La negativa fue tajante, aunque estos voluntarios, 130, contactaron con la embajada alemana en Madrid para intentar alistarse en la Wehrmacht o en las Waffen SS.

Franco había decidido repatriar la División Azul en octubre de 1943 y la Legión Azul y la Escuadrilla Azul en febrero de 1944. El día 20 Hitler en persona ordenó la repatriación de los dos contingentes españoles, adelantándose a la solicitud oficial de España, para no dar la sensación de que se veía forzado a aceptar las peticiones de Madrid. Las presiones de los Aliados, gracias a la palanca política de los *navicert*, habían dado su fruto. Franco y sus gobiernos actuaron siempre en el único beneficio de España, pues como ha señalado Walter Görlitz, «sencillamente, fue la ley de la supervivencia la que obligó a los españoles a mantenerse apartados de la guerra, tal como le manifestó el general Franco a Canarias el 7 de diciembre de 1940».

Aunque la simpatía de España por el Eje era en muchas cuestiones evidente, pero no total, el pragmatismo político de Franco y de sus ministros de Exteriores había permitido poner una vela a Dios y otra al diablo durante los cinco años de lucha, con el único y exitoso objetivo de evitar que España fuese arrastrada a una nueva guerra. Pero a la España nacional nunca se le perdonó su afinidad ideológica, más formal que real, con los fascismos. En marzo de 1944 se podía leer en el periódico *España Popular*, editado por

el PCE en Méjico: «Un nuevo crimen del franquismo. Contingentes militares franquistas combaten contra las Naciones Unidas en los frentes de Italia». Era una maniobra política convertida en supuesta noticia, propaganda de guerra:

La noticia es exacta, la hemos recibido directamente de Argel. Y los mejor enterados son las autoridades militares norteamericanas, pues ellas son las que han descubierto este nuevo e importante aspecto de la beligerancia de Franco junto a Hitler. Hace aproximadamente dos meses los soldados norteamericanos capturaron a cinco soldados franquistas en el frente de Cassino (...). Los cinco franquistas, formando parte de un contingente militar importante, habían salido de España para engrosar las filas de la Legión franquista en el Frente Oriental; mas antes de llegar al frente soviético fueron incorporados a la División Goering y enviados a Italia. Formando parte de esa división combatían cuando fueron hechos prisioneros (...). Este es el hecho monstruoso. Franco y Falange (...) no solo han enviado decenas de miles de hombres al Frente Oriental, sino que contingentes militares suyos combaten a los Aliados en los caminos de Roma. Este descubrimiento demuestra la amplitud de la beligerancia franquista y la incondicionalidad de Franco y Falange junto a Hitler (...). La División Azul fue enviada al Frente Oriental por ser este el más importante, decisivo y en cierto modo único. Si la tormenta de la guerra hubiese hecho sonar sus truenos en otra parte de Europa, si hubiera sido en otro lugar donde Hitler se hubiera jugado la suerte de la guerra, allí habría corrido Franco con su ayuda. (...) Es de esperar que por su parte los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos no podrán permitir que este crimen quede impune.

El gobierno español intentó desmentir estas noticias. El 2 de agosto de 1944 el ministro de Asuntos Exteriores español había ordenado al cónsul en Argel y al embajador español en Washington que negasen de forma categórica la existencia de miembros de la División Azul en el Frente Oeste en labores de policía al servicio de la Gestapo o formando parte de las Fuerzas Armadas alemanas, señalando

que si había algún español en esa situación era contraviniendo explícitamente las órdenes del gobierno. En Madrid, a través de la buena red consular española en Francia, se tenía noticia del alistamiento de exilados republicanos, «rojos», en las fuerzas de seguridad nazis en lucha con la resistencia francesa repleta de comunistas y socialistas españoles.

Los franceses libres del general De Gaulle no quedaron satisfechos con las explicaciones dadas y el día 5 de agosto presentaron en Madrid una protesta alegando tener pruebas de la existencia de 400 falangistas preparados para cruzar la frontera de los Pirineos y unirse a las tropas alemanas que combatían contra los Aliados. El día 7 la embajada británica también presentaba oficialmente una nota de protesta afirmando que 20 o 30 veteranos de la División Azul se acababan de unir a la Gestapo en San Juan de Luz.

Jordana, muy preocupado, preguntó el 8 de agosto —el desembarco de Normandía había comenzado el 6 de junio anterior— a su colega Arrese si era cierto que varios centenares de falangistas se preparaban para unirse a los alemanes. Arrese desmintió el rumor. El día 11 la embajada norteamericana elevaba una protesta alegando que la embajada alemana en Madrid, y los consulados de Barcelona y San Sebastián, con apoyo de Falange, estaban reclutando voluntarios para luchar contra la resistencia francesa. La presión crecía. El día 17 la Agencia Reuter publicaba que los franceses de De Gaulle aseguraban tener información fiable sobre 400 españoles alistados en las Waffen SS que combatían en el sur de Francia. Estos rumores eran especialmente fuertes en relación a la cercana ciudad fronteriza de Barcelona donde existía un grupo numéricamente muy importante de jóvenes falangistas muy radicales. Para prevenir acciones contrarias a los entonces considerados intereses de España, fue enviado un veterano de la División Azul, Carlos Alonso del Real, que según Carlos Caballero «debía hablar ante los jóvenes falangistas catalanes el 10 de septiembre.

Según cuenta una historia del Frente de Juventudes barcelonés la argumentación de Alonso del Real provocó rechazo de los oyentes, alguno de los cuales abandonó el lugar ostensiblemente (...). El acto acabó en abucheo, sobre las doce de la noche».

A finales de 1942 Franco ya tenía claro que Alemania iba a perder la guerra. En junio de 1943, un mes antes de la entrevista de Franco con el embajador yanqui Hayes, el Caudillo estaba ya decidido a retirar la División Azul. Italia, Hungría y Eslovaquia habían retirado sus tropas del Frente Oriental y Rumania solo tenía tropas en la cabeza de puente del río Kuban. El embajador en Berlín, Vidal y Saura, y los embajadores en Londres y Washington, el duque de Alba y Juan Francisco de Cárdenas respectivamente, se pusieron a preparar la salida de los soldados españoles de Rusia. Señala Moreno Juliá que, en septiembre de 1943, en los círculos de poder de España no se tenía duda sobre la derrota de Alemania:

Franco redactó dos notas manuscritas en las que dejó patente su postura ante la guerra, los Aliados y Alemania, así como su decisión de propiciar la inmediata retirada y repatriación de la división. En una de ellas, hizo una declaración de buenas intenciones sobre las futuras relaciones con los Aliados anglosajones, y de manera especial con Gran Bretaña. La guerra, a pesar de la evolución favorable a los Aliados de los últimos meses, todavía sería larga; y, aunque los éxitos del Ejército Rojo habían sido, de momento, los más trascendentes, la postura anticomunista del gobierno español se mantenía incólume. Sin embargo, el deseo de entendimiento con los anglosajones estaba por encima de ambas circunstancias, (...) la segunda nota (...) informó de su intención [de Franco] de repatriarla [la División Azul].

Con todo, seguramente de forma equivocada, Franco decidió dejar una legión, inicialmente de tres batallones, para no romper totalmente con el Tercer Reich. A finales de

julio de 1943 Mussolini perdía el poder y era arrestado. Unos días antes los Aliados occidentales habían desembarcado en Sicilia, la noche de 9 al 10 de julio de 1943, abriéndose así un nuevo frente en Europa.

Aunque la Operación Torch casi había eliminado la importancia estratégica de Gibraltar como puerta del Mediterráneo occidental, la entrada de España en la guerra, ahora ya prácticamente imposible, seguía siendo una de las ensueños del Tercer Reich.

En las filas alemanas, hasta el último momento, se siguió «intentado» lograr la entrada de los españoles en la guerra. El capitán Gerlach fue quizás el autor del último plan fallido para provocar la entrada de España en el conflicto. Formó un grupo de combate de las SS que incluía a 25 españoles, el Grupo Roland, que pretendía provocar en los últimos días de la guerra la invasión de España por grupos de resistentes comunistas españoles del sur de Francia. Pero Gerlach no necesitó poner su plan en marcha, ya que los comunistas españoles desencadenaron por su cuenta la invasión de España a través de los Pirineos bajo el nombre de Operación Reconquista de España, siendo vencidos sin muchos problemas por el Ejército español y sin que tuviese ninguna de las consecuencias que pensaba Gerlach que se desencadenarían.

Terminada la guerra, los gobiernos de Washington y Londres perdonaron, como era lógico, la alianza nazi-soviética para vencer a Polonia, no tomaron ninguna represalia contra Finlandia y menos contra Suecia, a pesar de que dejó pasar tropas alemanas por su territorio, cosa que no hizo en puridad España. El emperador de Japón fue excluido de los juicios de Tokio. Numerosos científicos alemanes y algunos japoneses fueron acogidos en Estados Unidos y en Rusia, olvidándose su fundamental colaboración con el esfuerzo de guerra del Eje.

Los españoles habían evitado de forma incuestionable la caída de Gibraltar, lo que fue uno de los factores más de-

terminantes para la victoria final de Gran Bretaña y Estados Unidos, al tiempo que, con su pragmatismo en relación al futuro del Protectorado francoespañol en el Norte de África, habían evitado que el Marruecos francés cayese en manos de Alemania. Al terminar la guerra el Régimen franquista fue estigmatizado no solo por Moscú, sino también por los gobiernos de Londres y Washington, que aplicaron la *realpolitik* a la nueva situación, lo que, por ejemplo, llevó a los británicos a entregar en Austria a millares de cosacos anticomunistas, con sus familias, a Stalin, que los exterminó sin que nadie hiciese nada por evitarlo.

El gobierno inglés, ahora presidido por Attlee, olvidó los servicios que España le había prestado durante la guerra en unos años en que mantener la neutralidad real, con la amenaza constante de los dos centenares de divisiones alemanas proyectando su sombra sobre los Pirineos, y con una Inglaterra sola y depauperada, suponía una acción increíble, casi imposible, y que demostraba la decidida neutralidad práctica de los españoles en la guerra que se estaba librando al norte y al sur de sus fronteras. Inglaterra, como siempre, se mostró desagradecida, solo atenta a su propio interés.

Cuando terminó la guerra los vencedores se cebaron con la España de Franco, por sus innegables aires fascistas, propiciados por las camisas azules y brazos en alto de los falangistas, por sus ya vacíos y olvidados discursos de amistad hacia Alemania, y por su acogimiento de viejos nazis como León Degrelle, Otto Skorzeny, Reinhard Spitzky y Otto Remer.

España, sin luchar, había perdido la guerra, aunque no había sufrido las destrucciones y calamidades que habría padecido de combatirse una vez más sobre su territorio. Se veía abocada a sufrir una posguerra de más de una docena de años, en la que los españoles pasarían las mismas penurias que muchos europeos, aunque menores y mucho menos duraderas que las que padecerían los que cayeron bajo

la bota soviética. Los españoles fueron juzgados y tratados como los perdedores, pero sin recibir la ayuda de los vencedores, el cacareado Plan Marshall, que benefició a pueblos europeos que habían combatido en la Segunda Guerra Mundial.

España fue una de las pocas naciones que tuvo el privilegio de salir de la Segunda Guerra Mundial con su Régimen y su territorio intactos, a pesar de su debilidad y de su inquestionable posición estratégica. Ha dejado escrito Raymond Proctor:

Jugó Madrid con unos y otros. Cooperó, ciertamente, con los alemanes en el este, combatiendo contra el comunismo, y así terminó de pagar la enojosa deuda que tenía con el Eje; pero, al mismo tiempo, concedía a los Aliados privilegios que sobrepasaban ampliamente lo que por neutralidad se entiende, como, por ejemplo, devolver a sus países respectivos a entrenadísimos aviadores aliados, en lugar de retenerlos, de acuerdo con el derecho internacional, de tal modo que, desde noviembre de 1942 hasta junio de 1944, salvó a más de mil cien aviadores estadounidenses, siendo de considerar que la mayoría de estas repatriaciones se efectuaron cuando la División Azul estaba empeñada en la cruzada contra el comunismo. De otro lado, permitió Franco que miles de soldados franceses pasaran por la Península para unirse al ejército francés que luchaba con los alemanes en África del Norte; más aún, permitió que actuasen en el país propagandistas y agentes aliados y expulsó a los del Eje, a instancia de Londres y Washington. La aquiescencia del gobierno madrileño llegó hasta el extremo de recoger el material secreto de los aviones norteamericanos estrellados y entregarlo intacto, sellado, a los oficiales estadounidenses; después, a medida que avanzaba la guerra, vendió al mejor postor materiales estratégicos, pero incluyó en una lista negra a las empresas españolas que negociaban con Alemania.

Tesis con la que coincidía Churchill:

Durante la guerra, Franco tuvo una política totalmente egoísta y fría; pensó únicamente en España y en los intereses de los españoles; nunca se acordó de la gratitud que debía a Hitler y a Mussolini; tampoco guardó rencor a Inglaterra por la hostilidad de nuestros izquierdistas; taimado jefe, solo trataba de ahorrarle otra guerra a su desangrado pueblo (...). Así, con sutilezas, ardides y halagos, consiguió superar las dificultades y mantener a España fuera de la guerra, lo cual fue inestimablemente valioso para Inglaterra, cuando esta se hallaba completamente sola.

Cuando en abril de 1945 se reunieron en San Francisco los delegados de los vencedores para tratar la organización de la futura ONU, entre ellos estaba el escritor y periodista filocomunista norteamericano William Shirer, acompañado por Freda Kirchwey, prosoviética y comunista, y Julio Álvarez del Vayo, exministro del gobierno del Frente Popular español, grupo de presión que logró engatusar al ministro australiano de asuntos exteriores Herbert Evatt, para luego ganar el apoyo de los delegados mejicanos, a los que se unió el voto y apoyo soviéticos de Ucrania y las palabras del delegado comunista de la Rusia Blanca, que recordó a los miles de madres rusoblancas que lloraban la muerte de sus hijos e hijas a manos de los torturadores franquistas. Escribe Shirer al respecto: «Hoy han decidido los representantes de San Francisco que no hay lugar para España en tanto siga Franco en el poder, lo cual es, en cierto modo, una victoria de nuestra comisioncilla, que tanto ha trabajado por este resultado. Mexicanos, australianos, franceses y rusos fueron el mejor ariete contra Franco, y el menos efectivo, ingleses y estadounidenses».

Cuando el 9 de febrero de 1946 se reunió en Londres la Asamblea General de las Naciones Unidas, se aprobó por unanimidad no admitir a España, al haber sido el Régimen de Franco amigo del Eje. En sesiones posteriores el representante de Estados Unidos Eduard Stettinus afirmó la voluntad de la Casa Blanca de derribar al Régimen franquista,

aunque no por la fuerza, mientras que el representante de Holanda, Kleffens, manifestaba que el Régimen existente en España solo incumbía a los españoles. El 4 de marzo de 1946 los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos —los que más motivos tenían de agradecimiento a la España franquista— apoyaron la petición de que Franco abandonase el poder cediéndolo a un gobierno provisional y se ilegalizase la Falange, al tiempo que se recomendaba a los miembros de la recién nacida ONU que rompiesen relaciones con España. El delegado de la Unión Soviética, después de recordar a la División Azul, intentó lograr una condena más enérgica a España por la Asamblea, sin éxito. El 12 de diciembre de 1946 la 59.^a Asamblea General de la ONU aprobaba la resolución 39-1 «sobre la cuestión española», por 34 votos a favor, seis en contra y 13 abstenciones.

Los vencedores retiraron de Madrid a sus embajadores y a España se le hurtó la oportunidad de entrar en la ONU. Franco era aclamado por los españoles en la Plaza de Oriente, mientras enarbolaban pancartas en las que se podía leer: «¡Si ellos tienen ONU nosotros tenemos DOS!». Como era de esperar, la España nacional que había apostado por la neutralidad real durante la guerra, con los riesgos que para su independencia y futuro esta suponía, vio con amargura cómo Londres y Washington, aliados de un Moscú que comenzaba a apropiarse de media Europa, al igual que había intentado Hitler cinco años antes, le daban la espalda, como habían hecho durante la Guerra Civil española. España entraría en la ONU en diciembre de 1955 con Franco aún en El Pardo.

El ostracismo a que fue sometida la España franquista era fruto de una ficción política que, como veremos en los siguientes capítulos, no se ajustaba a la realidad de los hechos. Estados Unidos, como primera gran potencia del mundo libre, en muy pocos años encabezaría maniobras interesadas para estrechar lazos con España. El Régimen fran-

quista era profundamente anticomunista, y el comunismo era el nuevo enemigo de Washington, era fiable, gobernaba en un espacio geográfico de incuestionable importancia estratégica y por todo esto suponía una pieza importante en la gran partida por el dominio mundial que se iba a jugar durante la Guerra Fría.

El amigo americano

Estados Unidos era en los años cincuenta una nación pragmática y dispuesta a emplear todos los recursos disponibles para enfrentarse a la Unión Soviética por la hegemonía. En la Guerra de Corea Washington comprobó que Moscú y los países comunistas estaban dispuestos a combatir por imponer sus ideas y hacerse con el control de cuantos territorios pudiesen conseguir. En 1950 Estados Unidos aún no había calibrado la importancia del conflicto que comenzaba, ni tenía muy clara la capacidad de los comunistas para echar un pulso a la nación industrial y militar más poderosa del planeta. Pero en el verano de 1953, el recién elegido presidente Dwight Eisenhower (29 de noviembre de 1952), que había sido comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, ya había llegado a la conclusión de que el enfrentamiento con la URSS y sus aliados iba a ser algo más que un pequeño conflicto de relativamente corta duración. Washington estaba dispuesto a apoyar a sus aliados con todas sus fuerzas en la lucha contra el comunismo. Era una contienda que iba a durar casi medio siglo, hasta 1989.

La política norteamericana respecto a España vino mediatizada por muchas cuestiones y una de ellas, no poco importante, fue que al frente de Estados Unidos estuviesen Roosevelt y su mujer, Truman o el general Eisenhower. En cualquier caso, desde muy pronto Franco pudo tomar nota